



¿DE DÓNDE VIENE LA PALABRA MÉXICO?

MÉXICO. TENOCHTITLAN. AZTLAN.

No se conoce, en las pictografías originales, jeroglífico de la palabra *México*. Tampoco ha podido encontrarse un símbolo que corresponda satisfactoriamente a *Aztlán*, el supuesto lugar de origen de la tribu mexicana, como sin embargo de mil indagaciones se ignora todavía dónde estuvo ubicado dicho sitio. Sólo el signo designativo de *Tenochtitlan* es prominente, y sin cesar se le ve en los códices. De la misma manera, las voces *mexica* y *mexitlan*, que algunos escriben *mecitlan* o *mecitis*, aparecen todo el tiempo en los primeros textos históricos, de español y náhuatl, redactados a raíz de la conquista. También es usual el vocablo *tenochca*. Por lo que se refiere a *azteca*, no obstante su uso tan generalizado, como le falta la base jeroglífica tiene trazas de ser una fabricación espuria, o mejor dicho una corrupción, producida en los comienzos del régimen de la colonia.

I

Demostraremos, ante todo, que el nombre indígena de la capital del imperio sojuzgado por Cortés, fue *Tenochtitlan* exclusivamente; y que la substitución de este genuino locativo, por *México*, y aun la asociación de ambos locativos, son hechos posteriores.

El mapa-cuadro llamado *Lámina de Sigüenza*, pintura anterior a la conquista y probablemente al descubrimiento de América por los españoles, es, según entendemos, el documento más antiguo que consigne el nombre de la ciudad, expresado conforme a la escritura fonético-figurativa de los aborígenes. Se mira allí un nopal enraizado en una piedra, es decir, el *tenochtili* (*tell*, piedra, y *nochtli*, nopal o tunal: *cactus opuntia*); cerca del jeroglífico reconócese al jefe Tenoch, a quien acompañan seis individuos. Nin-

guno lleva signo determinativo con elementos de la palabra *México*; pero hay uno designado con el nombre de *Acacitli*, del cual hablaremos después. En consecuencia, la metrópoli se denomina *Tenochtitlan* (lugar de Tenoch, lugar fundado por Tenoch, o, conforme a un mayor análisis, *donde el tunal en la piedra, asiento del tunal en la piedra*; bien que *tenochtli*, y este es el parecer de don Fernando Ramírez, es el nombre propio del cacto en cuestión, lo que arroja la legítima lectura: *en el lugar del cacto*.)

La *Tira de la Peregrinación* también es precortesiana; pero por desgracia le falta el fin, en donde es evidente que figuraba el episodio. En cambio, lo traen los códices *Aubin y Mendocino*, la *Tira de Tepechpan*, el *Atlas de Durán*, y en cierta forma el *Mapa Quinatzin*. Todos muestran el *tenochtli*. En el *Mendocino*, una águila descansa en el cacto; a su lado, reconócese a Tenoch, y junto de éste, otro jefe a cuyo símbolo los intérpretes, que eran indios, dieron la lectura *Tecineuh*. Pero el historiador Orozco y Berra, previo análisis muy riguroso, lee *Mexitzin*. Vese, en efecto, determinando el nombre del individuo, el agave o maguey (*metl*), el *xicli* de la planta o su ombligo, como le dicen, y el signo reverencial *tzin*, muy conocido; la interpretación del insigne sabio resulta plausible aun cuando no concluyente, pues que dieron otra los indígenas. Pudiera admitirse que, por causas que desconocemos, hayan querido obscurecer la lectura legítima, según lo pretende el escritor citado. Sea como fuere, al explicar la pintura, los mismos intérpretes declaran: "Y dando principio o origen a su asiento y población, fue determinado por ellos nombrar y dar título al lugar, llamándole *Tenochtitlan*, por razón y causa del tunal producido sobre la piedra." (*Anales del Museo N. de Arqueología*; 1ª época; tomo I; pág. 221, México.)

El aserto es categórico y cumple a nuestro propósito presente.

Las láminas del P. Durán, cuyos originales fueron obra de indio, traen con suma frecuencia el nopal en la piedra, designando a la metrópoli. El código *Aubin*, al tratar de la fundación de la ciudad, presenta el jeroglífico añadidos águila y culebra. En la *Tira de Tepechpan* y el *Mapa Quinatzin* el *tenochtli* indica a la ciudad mexicana. Este segundo documento muestra, en otra parte, un individuo, cuyo determinativo nominal es el maguey: hase dicho que alude a los *méxica*; pero sería el primer caso, que sepamos, en que la familia aparezca expresamente señalada por el jeroglífico en cuestión, porque la verdad es que no se ha encontrado símbolo para el dicho gentilicio. Y todavía es dudoso que, del simple elemento *metl*, pudieran provenir *méxica* y *mexitin*; acerca de ello hablaremos después.

Resulta, como vemos, que en la escritura primitiva el nombre de la urbe se expresó siempre por el *tenochtli*; los elementos de la palabra *México* jamás aparecen asociados al sitio; y si parcialmente llegamos a verlos—el maguey del *Mapa Quinatzin* y el del código *Mendocino*,—la aplicación y lectura son dudosas, y en todo caso referibles a individuos. Hasta la propia nacionalidad o tribu suele denominarse con signos que arrojan la lectura *tenochca*. Si México, como lugar, tuvo jeroglífico, todavía no se le encuentra en forma decisiva.

*
* *

La ausencia o pérdida del símbolo no nos permiten dudar de la existencia real del término. Pero es bueno inquirir lo que éste verdaderamente designaba. ¿Cuándo llegó, por vez primera, a oídos de personalidades fidedignas?

Fué a su paso por las costas tabasqueñas cuando los españoles recibieron la primera noticia de una metrópoli o reino al que se llamaba *Méshico*, con sonido de *ch* francesa, *sch* o *sh* inglesa, fonema que ellos, de acuerdo con la práctica entonces en uso, escribieron *México*. ¿Tratábase de una simple ciudad, de una provincia o de un territorio aún mayor, cuyas varias fracciones se comprendían todas dentro de la misma voz designativa? Bernal Díaz no nos lo aclara; pero asocia con el término, como nombre aparentemente sinónimo, el vocablo Culchua o Culua (*Culhua*), que escuchó a la vez que el otro, de labios de los indios, aludiendo a cierto lejano país o lugar situado al occidente. Preguntados los naturales sobre el origen de su oro y joyezuelas, decían traerlo de punto muy distante, hacia *donde el sol se pone*, y repetían *Culua y México*, vocablos ininteligibles (*Historia verdadera*; cap. XXXVI).

Aborda Cortés las playas veracruzanas (*Chalchiuhcucan*), y él y su ejército oyen continuamente el nombre del poderoso Motecuhzomátzin o Moteczuma, señor de Culhua, (a quien llaman *Mulezuma*, *Muleczuma* o *Montezuma*), con muchas indicaciones del imperio gobernado por tan gran monarca. Por cierto que algo análogo sucedió al descubridor Hernández de Grijalva cuando arribara al propio sitio, a lo que debió su nombre el islote de Ulúa, como los españoles le pusieron desfigurando un poco el vocablo que, aludiendo al centro de que dependían (esto es, la comarca de Culhua), y no al islote mismo según lo pensó el navegante ibero, los indios pronunciaban. Sin embargo ni el conquistador ni el soldado-cronista precisan entonces, de seguro por falta de datos, cuál era aquel país y cómo se nombraba exactamente. De los intérpretes que tanto servicio les prestaron, Aguilar se declara entendido en la lengua de Tabasco desde que pasaron por allí; en cambio, afirmaba ignorar el habla de Culhua o México, lo que resultó cierto. Marina entendía los dos idiomas.

Avanza la falange sobre Cempoala, aliándose a este señorío, que aprovecha la oportunidad para rebelarse contra Moteczuma. Siguen después, muy de cerca, el actual camino de Xalapa; y ascienden a la Cordillera cruzándola por cierto entre el Nauhcampatepetl (Cofre de Perote) y el Poyanh-tépetl o Citlaltépetl (Pico de Orizaba), camino aun hoy raras veces transitado. Entran a los llanos de Perote, llegando hasta Ixtacamaxtitlan; y poco más lejos penetran los aventureros en tierras de la república de Tlaxcallan (Tlaxcala), donde, no sin fiero combatir en un principio, acaban por ser recibidos de paz, y aun como aliados y caudillos. No hay oportunidad, en el relato de este trayecto, de que se rectifique el nombre del país que aún no se visitaba.

Pero sobrevienen los sucesos de Cholollan (Cholula); y más que nunca persiste don Hernando en su propósito de continuar hasta el corazón del misterioso imperio abierto a su osadía. Los indígenas le señalan un camino, áspero y tortuoso pero practicable, que cruza entre altísimas eminencias coronadas de perpetua nieve. Pregunta el adalid hacia dónde conduce tal sendero; y se le dice que es el camino de Culua (Culhua). Franquea entonces el temible paso, y cuando ha dejado atrás, la hueste ibérica, el cinturón de nevadas y soberbias cumbres, descúbrense en lontananza, hermosos y llenos de sol, convidando a todos los afanes y a las más dulces esperanzas, *los llanos de Culhua, la gran ciudad de Temixtilán y las lagunas de esa gran provincia* (*Cartas de Cortés*; ed. Lorenzana; pág. 71.)

A juzgar por esta referencia, el término designativo de la población era *Tenochtitlan* (corrompido en *Temixtilán* y *Temustilán*).—Por Culua y su provincia entendiáse lo que hoy conocemos por cuenca o valle de México, la comarca de dos mil kilómetros cuadrados, cubierta de lagunas y llanos opulentos, que en todas direcciones ciñen montañas majestuosas. Su especial topografía permitió aplicarle un nombre privativo, independiente de los territorios situados más allá de sus fronteras, aun cuando en lo político le pertenecieran; y en efecto, los naturales decíanle *Culhua* (o *Culhuacan*) y *México*. El mismo don Hernando va a precisarnos en sus *Cartas* la relación y significado de estas voces:

“Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad, y las otras que en este otro capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que deberé decir de la manera de *México*, que es donde esta ciudad y algunas de las otras, que he hecho relación, están fundadas y adonde está el principal señorío de este Muctezuma. La qual dicha provincia es redonda (en rigor debió decir oval) y está toda cercada de muy altas y ásperas Sierras; y lo llano della terná en torno 70 leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas” (De Segura de la Frontera —Tepeaca—, a 30 de octubre de 1520; ed. Lorenzana; pág. 100).

Si los indios señalaban como *México* una zona que en su parte plana comprendía cosa de setenta leguas (que es la extensión aproximada de lo que llamamos valle de México); si era una provincia; si las lagunas y varias ciudades quedaban dentro de su término *México* no era, ciertamente, lo que ahora conocemos por capital de la República Mexicana. *México* y *Culhua* parecen, pues, términos sinónimos y en todo caso de más extensión que *Tenochtitlan*. Este designa un lugar circunscrito, la ciudad, la metrópoli; aquéllos aluden a la comarca circundante, el territorio en cuyo seno la Venecia americana fué construída. Así ha podido decirnos Sahagún (tomo III; pág. 145; ed. de 1829): “los mexicanos llegaron a una provincia que se dice Culhuacan-México, y de allí tornaron a volver y luego volvieron;” y Fr. Toribio de Benavente, en el comienzo de sus *Memoriales* declara que “estos mexicanos algunos quieren sentir que son los mismos de Culhua, y la lengua consiente de ello, ca toda es una.”

El alcance de los dichos términos, por lo visto, resulta más amplio, abra-

za diversos rumbos y poblados; en tanto que *Tenochtitlan* es simple vocablo locativo, referente a un solo sitio: la capital del imperio.

Bien podemos comprender, ahora, que la urbe tuviese jeroglífico, y que no se le haya encontrado para *México*: los símbolos de la escritura silábico-ideográfica necesariamente aluden a sitios concretos: pero no pueden designar entidades abstractas.

II

Cumple ahora, el testimonio de los textos en náhuatl y demás trabajos de escritores indios y mexicanos, así como algunos datos de los primeros españoles, aunque advirtiendo que, producidas tales constancias en el siglo XVI, se resienten más o menos de las nuevas costumbres y los cambios introducidos por el tiempo, sin que esto signifique que les neguemos altísimo valor. De hecho, autorizan en conjunto nuestra tesis.

Véase lo que asientan los *Anales de Cuauhtitlan* (pág. 57; ed. del Museo de México): "En el año *1 tochtli* nombraron los tenochca rey, y fué Acamapichtli el electo, estableciéndose en *el mismo Tenochtitlan*." Pero después: "Éste es el período en que tuvo principio *el imperio* de México" (o de los *mxvitiu*). No falta donde el texto declare, sin embargo: "en este año los mexicanos comenzaron en México y Tenochtitlan a hacer xacales."

El códice comúnmente llamado *Fuenteal*, que nosotros apellidamos *Icazabalca*—homenaje a su sabio propietario,—se ha atribuído a distintos autores; pero en cualquier caso, es obvio que se basa en documentos de los indios. En la página 98 expresa (ed. del Museo de México): "llamaron a esta población *quaumixtlan*, y después fué llamada *tenustitlan*, porque hallaron una tuna nascida en una piedra." En otras partes del texto, se le dice a la ciudad, *México*; pero no olvidamos que este códice, aun cuando muy primitivo, ya es de los tiempos coloniales, mientras que el pasaje copiado alude claramente a los antiguos sucesos.

El "Códice Ramírez" resulta aún más categórico. Por una parte, sus dibujos incluyen el *tenochtli*, con el águila y un pájaro; leemos, además, en el texto: "Y a este lugar donde hallaréis el tunal con el águila encima—es el dios quien habla—le pongo por nombre *tenuchtitlan*." A lo que agrega el escritor: "Este nombre tiene hasta hoy esta ciudad de México, la cual, en cuanto fué poblada de los Mexicanos se llama *México*, que quiere decir *lugar de los mexicanos*, y en cuanto a la disposición del sitio se llama *Tenuchtitlan* (la *u* por *o* hace presumir que el P. Tovar era tetzcocano.) porque *tell* es la piedra y *nochtli* es tunal, y de estos dos nombres componen *tenochtli*, que significa el tunal y la piedra en que estaba, y añadiéndole esta partícula *tlan*, que significa *lugar*, dicen *Tenuchtitlan*, que quiere dezir *lugar del tunal en la piedra*."

Las palabras del jesuíta indígena, el *Ciceron mexicano* como en su tiempo le dijeron al autor del códice, convidan a reflexionar. Compréndese que el

historiógrafo se preocupó por el problema origen de este mismo estudio, es decir, quiso dilucidar las causas del uso del vocablo *México*, desentendiéndose de los jeroglíficos. Ya se vió la explicación: la metrópoli llamábase propiamente Tenochtitlan, y por habitarla los mexicanos (mexitin) tomó el nombre de *México*. Según esto, fué anterior el gentilicio, lo cual nos parece probable: el locativo, cualquiera sea su inteligencia, se formó después; pero hay que averiguar si filológicamente es legítima la derivación etimológica propuesta.

Tenemos otra prueba de que el propósito del escritor fué el indicado. Tovar sigue muy de cerca, letra a letra a veces, el texto de Fr. Diego Durán, historiógrafo mexicano muy docto, de la orden de Sto. Domingo, con quien tenía parentesco de familia. Pues bien, cuando narra el episodio el dominico consigna, casi con las palabras que repitió Tovar, el mandato de Huitzilopochtli disponiendo que la nueva fundación se nombre *Tenochtitlan* (*Historia de las Indias de Nueva España*, pág. 38), arenga que en sustancia aparece otra vez, a la página siguiente, puesta en labios de uno de los sacerdotes; pero Durán no añade comentarios. No inquiera los motivos de que ya en su tiempo (segunda mitad del siglo) se prefiera el nombre de *México*, y que el vocablo genuino esté en desuso; límitase a su programa de cronista, el relato de los hechos originales. Viene Tovar después (escribía hacia 1589), y como es razonable suponerlo, en los pasajes en que transcribe a su pariente, quiere poner algo de su cosecha: procura entonces encontrar la explicación de un hecho que con justicia despertó su interés, como en nosotros lo ha suscitado mirando que el jeroglífico de México no aparece en las pinturas. La explicación entraña un problema de etimología; mas antes vimos que presta apoyo a la tesis de que el nombre genuino de la metrópoli era *Tenochtitlan*.

Diremos a modo de paréntesis que el análisis comparativo de los pasajes de Durán y Tovar, como el de otras partes de las respectivas obras, es bastante para decidir, sin las demás pruebas que pueden alegarse, la discutida prioridad del trabajo del dominico, a nuestro juicio incuestionable. Durán fué la base capital del "Códice Ramírez:" su texto es sencillo y aun incorrecto y primitivo, mientras que Tovar, aun cuando se reduce grandemente, suele comentar el relato y gusta a las veces de exornarlo.

Volviendo al asunto, este es el momento de utilizar el *Mapa-Tlōtzin*; el importante documento, propiedad alguna vez de Ixtlilxóchitl, confirma el modo de ver que hemos sostenido: llama *México* a la laguna, por contraposición a Tenochtitlan; ésta, pues, era la urbe.

Cortés, en sus cartas, refiérese continuamente a "esta gran ciudad de Temixtitán (ed. Lorenzana; pp: 307, 318, etc., etc). "Esta gran ciudad de Temixtitán, — escribe en Segura de la Frontera, cuando tiene muy fresco su recuerdo, pues acaba de ser arrojado de ella, — está fundada en la Laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo hay dos leguas. (ibid. pág. 102).

En cambio Bernal Díaz, escribiendo ya en 1568, en tiempos en que el

término de más fácil prosodia estaba generalizado, aunque dice *Tenustitán* y *Temistitán* con frecuencia, repite mucho *México* aludiendo a la metrópoli, y en el capítulo LXXXVIII declara cómo fue "el ocho de noviembre del año de Nuestro Salvador Jesucristo mil quinientos diecinueve, cuando se efectuó nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitán México." El término primitivo aparece delante; en náhuatl ocurre al contrario: a semejanza de Tollan-Cholollan, *México-Tenochtitlan* vale por *México* fundado en el sitio que antes fué *Tenochtitlan*.

Ahora es oportuno traer a cuento a Torquemada. Escribiendo el célebre religioso sobre el origen de la urbe y la etimología de los vocablos, dice categóricamente lo que sigue: "México según su etimología en esta lengua mexicana han querido algunos interpretar fuente o manantial, y a la verdad, hay en ella y en su redonda tantos ojos de agua y manantiales, que pudiera en alguna manera quebrarle este nombre, y así no parece que van fuera de razón los que han querido pensarlo; pero los mismos naturales afirman que este nombre tomaron del dios principal que ellos trajeron, el cual tenía dos nombres, el uno Huitzilopochtli y el otro Mexitli, y este segundo quiere decir "ombligo de maguey," y así dicen que los primeros mexicanos lo tomaron de su dios, así en sus principios se llamaron *Mexitli*, y después se llamaron *Mexica*, y de este nombre se nombró la ciudad, siendo el primero que tuvo *Tenochtitlan*, por razón del nopal que hallaron sobre la piedra cuando en ella fundaron, y aunque la ciudad se llama en común nombre *México* entre españoles e indios, que ahora se van criando, los viejos nunca la llamaban ni llaman *México*, sino *Tenochtitlan*, a diferencia del otro segundo barrio, que se llamó Tlatelulco, que es la otra parte segunda de esta grandísima población y ciudad, en la cual a los principios se dividieron." (*Monarquía Indiana*: lib. 3; pág. 293; tomo I.)

Nadie negará precisión y claridad al texto. Conócese que el autor se propuso agotar el asunto; pero no podemos darle el crédito a Torquemada, porque en casi todo lo que dice no hizo sino transcribir literalmente a Motolinia. Lo poco que le falta se encargó de aprovecharlo López de Gómara (y ésta es la sempiterna historia en los estudios de *americanística*, por cerca de cuatro centurias), el cual cronista ibero da por su cosecha lo que sigue: "Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco (sic), quiere decir, isleta, y al otro *México*, donde mora Montezuma, que quiere decir manadero. . . . Se quedó la ciudad con este nombre, aunque el suyo antiguo y propio era Tenuchtitlan, que significa fruta de piedra."

Es interesante transcribir ahora el párrafo de Fr. Toribio para que se vea la desfachatez con que se plagiaban los cronistas, estropeando de paso la escritura legítima de los vocablos del idioma náhuatl; resulta que el disparate es lo único que frecuentemente les pertenece. Dice el sabio franciscano, quien, como se sabe, andaba en el país desde 1524, época en que pudo recoger las primeras tradiciones: "México según la etimología de esta lengua, algunos la querían interpretar fuente o manadero, y a la verdad, en ella y alrededor de ella hay muchos manantiales, por lo cual parece esta interpre-

tación no ir muy fuera de propósito; pero los naturales dicen que aquel nombre de México trajeron sus primeros fundadores, y se llamaban *Mexiti* (sic); y aun después de algún tiempo los moradores de ella se llamaron *Mexiti*. Este nombre tomaron ellos de su principal dios o ídolo, el cual tenía dos nombres, conviene a saber, Vitzilipuchtli y el otro *Mexilli*, y de este *Mexilli* se llamaron *mexili*, ca al sitio o pueblo pusieron por nombre Tenuchtitlan, porque allí hallaron, que salía de una piedra un árbol con su fruta *nuchtli* y a la piedra llaman *tell*, ansi que se dirá "fruta que sale de la piedra." Después, andando el tiempo y multiplicados los vecinos, hizose esta ciudad dos barrios o dos cibdades: al más principal barrio llamaron *México*, y a los moradores *mexica*, en plural. En el barrio llamado México residió el gran señor de esta tierra, que se decía Moteczuma. Al otro barrio llaman *Tlatilulco*, que quiere decir isleta, porque allí estaba un pedazo de tierra más alto y seco que los otros, ca eran manantiales y carrizales." (*Memoriales*; pág. 143).

Salvo ligerísimos yerros (atribuir el nombre de *México* a un barrio, lo que habría dado lugar a la designación *México-Tlatilulco*, que en ninguna parte aparece), aquí se encuentra, al fin, una versión original y una ortografía correcta de la mayoría de las voces. Dos hechos pueden establecerse en vista de ella: que el término *mexitin* (mexiti, dice el fraile) precedió al de *mexica*, y que *mexitin* provenía de *Mexilli*, apodo de una divinidad; pero el nombre privativo del sitio era precisamente *Tenuchtitlan*. Lo que no se aclara por completo es el origen de *México*, que mal pudo ser un simple barrio cuando "dicho nombre ya trajeron los primeros fundadores." Por fortuna, las demás constancias que hemos anotado arrojan suficiente luz en el particular.

Basta y sobra con los anteriores testimonios. La metrópoli se llamó *Tenochtitlan*, y la comarca vecina, abundante por cierto en fuentes y ojos de agua, conocíase por México, palabra de la que aun no sabemos si se deriva de manantial (directa o metafóricamente) o del gentilicio de la tribu que se posesionó de ella, los mexitin. Por extensión, pudo darse el nombre al imperio de los *tenochca*; pero, a diferencia de lo que sucedería en la actualidad, cada provincia conocíase con el suyo propio, como Tochtepec (Tuxtepec), Cuetlachtlan (Cotaxtla), etc., etc.; y sólo el territorio adyacente a la metrópoli se designaba específicamente por *México*, y asimismo por Culhua o Culhuacan. El insigne filólogo Buschmann ya apuntó: "Los habitantes de la ciudad se llamaban en la antigüedad *mexicatl*, pero no es probable que de ese modo llamaran a los habitantes de todo el imperio, ni México al imperio." Así lo pensamos; uso tal requiere nociones geográficas modernas.

Concluiremos este aspecto del asunto con algunas noticias históricas interesantes. El empleo de la voz legítima (*Tenochtitlan*), prevaleció un tanto en los comienzos del período colonial. En el primer libro del siglo XVI—una *Doctrina cristiana*, que data de 1539—citado por el señor Icazbalceta en su célebre *Bibliografía*, léese haber sido hecho en la ciudad de *Tenochtitlán*; ya al año siguiente, dice otro volumen *Tenochtitlán-México*. El uso se

mantiene algún tiempo en esta forma o en la de *México-Tenochtitlán*, hasta que a la postre, el término primitivo desaparece. Puede en rigor asignársele la primera mitad del siglo. También los documentos oficiales dicen al principio *Temistitán* o *Temixtilán*; entre otros, las actas del Libro de Cabildos, desde el 8 de marzo de 1524 hasta 1529 (ed. de 1871-73). Todavía en los Concilios Provinciales de 1555 escríbese *Tenuxtitlán-México*. A la larga, el término de más fácil prosodia triunfa en lo absoluto, y cuando concluye la centuria todo el mundo dice *México*. El sonido que entonces tenía la *x*—*sh* inglesa o *ch* francesa, también propio del náhuatl—, evoluciona aspirándose, y se convierte en la *j* castellana; pero conservamos la ortografía original en recuerdo de la escritura primitiva.

Los españoles acentuaron indebidamente el vocablo *Tenochtitlan* haciéndolo dicción aguda, pues ya se sabe que todas las voces náhuatl son graves; ellos mismos generalizaron en definitiva la palabra *México*.

He aquí la evolución del uso del término en planos, cartas y otros trabajos geográficos, según noticias del muy erudito Mr. Bancroft, adicionadas ligeramente por el que escribe estas líneas: el mapa de la *Cosmographica*, de Apiano, hecho en 1520 (ed. de 1575), dice *Themistitlan*; Fernando Colón y Diego de Rivera (1527-29) escriben *México*; en el *Atlas* de Munich (1530) léese *Temistitan-México*; Baptista Agnese (1540-50) pone *Tenustitan México*; los planos del libro de Benedetto Bordone (Venezia, 1528) dicen "la gran citta de Temistitan;" la edición del *Ptolomeo*, de Basilea, dirigida por Munster (1532), pone *Temistitan*; en el *Isolario*, de Bordone (Venecia, 1537) encuéntrase *Temistitan*; Ramusio dice *México*, en 1565; finalmente, el célebre Mercator anota *México* y *Tenuchtitlan*, en 1569. Después en todas partes se usa *México*.

III

Afrontemos, ahora, el problema etimológico, bien arduo por cierto. Se ha hecho derivar el vocablo de *Metzli* (la luna), de *Mexi* o *Mexitli* (segundo nombre de Huitzilopochtli), de *mecitli* (abuela o principio del magney), del mismo *mecitli* valiendo por *liebre del magney* (nombre de un caudillo), de *Meixco* (sobre el magueyal), y todavía otras procedencias, entre las que mencionaremos la de *fuelle* o *manantial*; esto prueba la falta del jeroglífico y lo oscuro del asunto.

En su meritoria "Nomenclatura Geográfica Mexicana" (1897), que contiene sobre mil símbolos, don Antonio Peñafiel da por jeroglífico de *México* cuatro figuras; mas en realidad se trata de los *tenochtlí* respectivos de los códices "Aubin," "Mendocino," "Osuna" y de la "Tira de Tepechpan:" ninguno expresa el sonido *México*.

Los nombres de lugar designan comúnmente las circunstancias atribuidas al sitio, sucesos especiales, o bien proceden de un nombre de persona: Florencia o Firenze, Segura de la Frontera y Roma, pueden servir de tipos. *México* se encuentra necesariamente en alguno de estos casos. Si con la inmensa

mayoría de los términos geográficos del país figura en el primero, *Meixco* y *Mexco*. *Mecilli* o *Mezitli* y *fuelle* o *manadero* son las etimologías posibles, indicando respectivamente: primero, entre magueyes o vecindad del magueyal; segundo, lugar de magueyes; tercero, principio o germen del maguey, tal vez personificado en un ser superior, y, por último, cuarto, manantial. En el segundo caso, *Mexilli* o *Mexi* y *Metzli* podrían ser los primitivos.

Comencemos por la etimología que refiere el vocablo a *manantial*. López de Gómara declara: "Quiere *México* decir manadero, y así dicen hay alrededor de él muchas fuentecillas y ojos de agua" (Historia; cap. 102). Según el Dr. Cervantes, "*México* quiere decir lo mismo que manadero o fuente por las muchas y buenas fuentes y ojos de agua que alrededor tiene en lo que es tierra firme." (*Crónica*; lib. IV; cap. XVII; pág. 301-302; ed. Paso y Troncoso, Madrid, 1914; y ed. "Hispanic Society," New York, 1914.)

Todo lo expuesto es verdad: los manantiales son realmente preciosos y numerosísimos; pero eso no basta, y antes vimos que la especie emanó de Fr. Toribio, quien, en rigor, desapruéba la tesis. Sahagún también la repudia; y los escritores de segunda mano (Gómara, Cervantes y Torquemada) no saben a qué carta quedarse.

El equivalente legítimo de *manadero* o *manantial*, en náhuatl, es *aameyallo*, y pueden considerarse las variantes *apapazilla* y *achichtapan*; manar la fuente es *meya*; pero por ningún camino de éstos salimos a *México*. Sin embargo, como en la escritura de los antiguos indios (fenómeno que tiene sus análogos en los jeroglíficos de Egipto), el primer sonido arrojado por un símbolo es a veces (y aun con frecuencia) el único que tiene valor; y como a la vez puede tratarse de una acepción semántica, no consideramos agotada la materia de esta etimología, y adelante volveremos a discutirla.

Antes vimos la explicación propuesta por Tovar: de haberlo poblado la gente mexicana el lugar tomó el nombre de *México*. La teoría es clara y lógica; pero da margen a curioso problema: ¿cuál nombre se formó primero, el de la tribu o el de la comarca? Responder con acierto sería casi desatar el nudo.

Desde luego se ve que el historiógrafo citado no dudaba. Sin embargo, un lingüista y *nahuatlato* de mérito, Robelo, afirma que *México* no puede provenir de *mexicall* (singular de *mexica*), sino al contrario. Invoca la siguiente regla: los derivados gentilicios en *catt* se forman de primitivos terminados en *ma*, *tlan*, *pan* y *co*; así, de México, *mexicall*. Robelo tiene tanta más razón, cuanto que su aserto proviene en realidad del jesuita Horacio Carochi ("Arte de la lengua mexicana," pág. 55; ed. de 1645), gramático del náhuatl probablemente el mejor que se conoce. Lo que nos parece cuestionable es el acento que se da al derivado, haciéndolo voz paroxítona, pues si el idioma de los antiguos mexicanos conforma con las leyes universales de fonética (y salvo ciertos casos, no podría ser de otra manera), la sílaba acentuada es el pivote de la palabra y el vocablo será proparoxítono, esto es, debe decirse *méxicall*, *méxica*. Suponemos que el señor Orozco y Berra pensó algo semejante, pues a veces emplea esta ortografía.

En cambio de *Mexicilli* (nombre ombligo del maguey, después atribuído a una deidad o jefe) sí puede formarse el nombre propio *Mexic*, suprimiendo la desinencia, como Tenoch de *tenochlli*; y de allí se hace el plural gentilicio *mexictin*, enfonizado en *mexitin*. El fenómeno obedece a otra regla bien determinada: en náhuatl, los acabados en *lli*, *li*, *in*, etc., forman plural con la partícula *tin*, perdidas aquellas terminaciones. Esto sentado, cabe preguntarse: ¿puede *México* proceder de *Mexicilli*, *Mexilli*, sincopado en *Mexic*, *Mexi*? La respuesta es condicional: negativa, si el vocablo carece de sentido; afirmativa si tiene significación concreta: en este último caso se substituye el final por *co*. Sea un ejemplo *Tetzcuco*, derivado de *tetzcuilli*, yerba que abunda en el lugar.

Pero he aquí que algunos expertos niegan que *Mexilli* denote cosa alguna; convienen, sin embargo, en que *Mexicilli* -con la *c*- parece indicar el ombligo del maguey con su tallo o *quiotc*; mas, persistiendo en la negación, arguyen que jamás se ha dicho ni escrito *Mexico* ni *mexicca* o *mexictin*, haciendo estas sílabas: *Me-xic-co*. El argumento es pobre, porque puede tratarse de una simplificación por eufonía. Lo hemos visto con el nombre de un volcán situado en el valle de México, que por la forma de su cráter lleva el nombre de *Xitle* o *Xilli*; así le dice todo el mundo, aun entre los indios, en lugar de *Xictli*. También *Tepexi* (ombligo del cerro), ha perdido la *c* final, bien que Buschmann propone distinta etimología.

En tal virtud, no es absurdo que *México* venga de *Mexi*, quiere decir, denota *el lugar de Mexi*, *Méxic* o *Mexicilli*. La familia, errante y miserable, llevaba a su deidad consigo, sin conseguir alzarle un templo permanente; y al encontrar por fin asiento donde consagrarle culto le impuso al sitio el nombre de aquel Dios: *México*, lugar de *Méxi*.

No falta autor que pretenda, con todo, que el derivado en esta forma tendría que ser *Mexitlan*, pero ello supone un caso cuestionable de metátesis.

Apuntemos otras dos ideas que convienen con lo establecido hasta ahora. Una es de Durán (*Historia*; tomo I; pág 19); según ella el primitivo es *Meci*, nombre del conductor del pueblo, y el derivado *mecitin* (los mexicanos); la otra pertenece al "Códice Ramírez" (pág. 22), donde leemos cómo iban llevando por caudillo "a uno que se llamaba *Mexi*, del cual tomó el nombre de *mexicanos*; porque de *Mexi*, con esta partícula *ca*, componen *mexica*, que quiere decir *la gente de México*".

Hay acuerdo en cuanto a que el gentilicio proviene de un nombre propio de persona, si bien la ortografía de éste difiere en los escritores; pero ya veremos como el sonido de *c* o *z* (*Mecilli*, *Mezilli* o con la antigua ortografía, *MeSilli*,) pudo pasar al que entonces tenía la *x*, sea por corrupción o por un caso interesante de folklore.

Cristóbal del Castillo, traducido por el sabio señor Paso y Troncoso, refiere que, hallándose en estado de suma pobreza los mexicanos, a su arribo a la comarca, vivían reducidos a alimentarse de una yerba silvestre llamada *mexixquilitl*, motivo por el cual las otras tribus decíanles en son de burla

mexiquilquani; ahora bien, si ellos se llamaban *mecitin* (prescindiendo aquí del origen de este término,) la asociación folklórica pudo perfectamente mudar el valor del sonido original, y así se explicaría el cambio de la *c* o *z* en *x*, dato que aprovecharemos adelante. Por lo pronto no lo necesitamos, pues estamos considerando el caso del primitivo *Mexic*, *Mexi*, nombre de un personaje señalado por el qurote del magney (*mexicli*) u originado en este objeto. Digamos, antes de proseguir, que la hipótesis del fenómeno fónico apuntado nos pertenece; el ejemplo de folklore se debe al señor Paso y Troncoso.

Resumamos los hechos hasta ahora establecidos: 1º—*Mexicli* puede eufonizarse en *Mexilli*; *Mexic* en *Mexi*. 2º—De *Mexilli* (y de *Mexi*) gramaticalmente se forma *mexitin*. 3º—De *Mexi* puede formarse *México*.

Por consideraciones análogas se infiere que *Meci* admite el derivado *mecitin*, como han escrito diversos historiógrafos. Es claro que las formas *mecili*, *mecilis*, *mexilli* que traen Motolinia, los intérpretes del "Mendocino," Cervantes de Salazar y otros, no son sino errores ortográficos.

El antecedente más bien definido de los vocablos en estudio, como vemos, es un nombre propio: el de la divinidad o sacerdote conductor; Cristóbal del Castillo asienta lo segundo pretendiendo que aquel jefe, a su muerte, fue divinizado con el nombre de Huitzilopochtli a causa de llamarse *Uitzil* y ser zurdo (opochtli), agregando que, mientras vivió, hizo creer al pueblo que él era la Luna y que hablaba en nombre de ella; y dicho individuo tenía un segundo nombre que era el de *Mexilli*. Durán (págs. 19 y 47) repite el nombre de *Mecí* o *Meci* como el de uno de los caudillos de la tribu. Otros autores pretenden que Huitzilopochtli desde un principio fue la misma deidad, en concepto de los mexicanos, y que los sacerdotes hábilmente fingían entenderse con ella. Dos códices muy importantes, la "Leyenda de los Soles" o "Anónimo de Gama" y el "Códice Fuenleal o Icazbalceta" podrían prestar apoyo a esta tesis, pues atribuyen a Quetzalcoatl y Huitzilopochtli papel tan primordial como el de levantar el cielo, hacer los días y crear a los primeros hombres.

Sea como fuere, del nombre propio en cuestión vino el gentilicio (*mexitin*,) y después formóse el locativo. El nombre de la tribu precede al de la región. *Mexilli* y *mexitin* existieron antes que México; esto por el momento es lo que deseamos dejar establecido.

Ya conociéndose por *México*, los habitantes de la comarca pudieron perfectamente ser apellidados *mexicatl* y *mexica* (o *méxica*). El razonamiento subsiste aun cuando el nombre original haya sido *Mecilli* y su síncopa *Meci* (ó *Mezi*): las variantes ortográficas en este caso son *mecitin* o *mezitin*, *México* o *Mézico* y *mexicatl* o *mezicatl*. También la *c* con cedilla es admisible: *meSitin*. Según esto, *México* vale por lugar de *Mexi* o *Meci*: la comarca elegida por el sanguinario numen para que su pueblo le erigiera altares y le tributase cultó. Nadie negará que las tradiciones más genuinas sugieren esto justamente.

En rigor, así pensaba el insigne Orozco y Berra: "El fundador de México se llamaba *Mexictzin*, lo mismo que *Mexi* o *Mexilli*. Si esta palabra se

afija con la postposición *co* para convertirse en nombre de lugar, resultará *México*, nombre de la ciudad (de la comarca, diríamos nosotros). México significa lugar de *Mexi*, de Mexitli o Huitzilopochtli, o bien, fundada por Mexitzin." Chavero, después de un análisis admirable, dice lo mismo: "El gran sacerdote Tenoch fundó la ciudad: del nombre de su dios *Mexi* se llamó México, en donde está *Mexilli*; del nombre de su fundador se llamó Tenochtitlan."

En definitiva, así opinaron también Herrera y Clavijero; el autor de la "Nomenclatura Geográfica" prohija el mismo parecer, y M. Remí Siméon lo toma en cuenta en su gran *Diccionario náhuatl*, sin decidirse categóricamente.

Advirtamos que *Mexitzin* no es sino una reverencial de *Mexilli*.

También los documentos autorizan este criterio. Es común en la mayoría de los textos importantes llamar *mexicanos* a los viajeros antes de que los pinten fundando su metrópoli. Los "Anales de Cuauhtitlan" escriben *mexitin* y *tenochca* (págs. 33, 37, 49, 61, 62 y 57, etc.); Sahagún y el "Código Fuenleal o Icazbalceta" dicen *mexicanos*; lo propio se ve en Durán y el "Código Ramírez;" en el "Código Mendocino" leemos *mecitis*. Ixtlilxóchitl les dice *mexitín*. (*Historia Chichimeca*; cap. X.)

IV

No se crea, por lo dicho, que siempre los prosélitos de Huitzilopochtli llevaron igual nombre. "En su origen la tribu se dijo *azteca*, *aztlaneca*; consagrada por su dios fué *mexi* y *mexitin*; establecidos en la ciudad se llamó *mexica*." Palabras también de Orozco y Berra.

Cristóbal del Castillo, doctísimo indio que nació a raíz de la conquista y fué uno de los escritores por excelencia elegantes de la lengua náhuatl, pensaba algo análogo. En su obra, propiedad hoy de la Biblioteca de Francia, asienta que los antecesores de los mexicanos eran un pueblo pescador, habitantes de las orillas de un río, de un lago o tal vez del mar, y que usaron distintos nombres, según la zona que ocupaban: así dijéronse sucesivamente *aztecas chicomoztóques*; *culhuaques chichimecas*; luego *tenuchca* (en realidad este gentilicio vino al último), y finalmente *mecitin* o *mexitin*. Era, pues, el país, lo que determinaba la designación de aquella tribu errante.

Debería inferirse que el término *México* procedió a *mexitin*, puesto que la comarca originaba el gentilicio; mas ya sabemos que en tal caso hubiéranse llamado *mexica*, no *mexitin* o *mecitin*; y sobre todo, el mismo Cristóbal del Castillo se encarga de explicarnos por qué tomaron este apelativo. Dice que su caudillo les había hecho creer que él era la Luna (Metztli); y de allí el nombre nacional.

He aquí una nueva hipótesis, el nombre de la Luna es el origen del vocablo.

Pudiera aceptarse el culto del satélite, divinizado por distintos pueblos, no sólo por los mexicas; pero la etimología resulta cuestionable por más que no sea único en proponerla el escritor a que aludimos. El señor del Pa-

so y Troncoso, a quien se debe el análisis y la versión y publicación de algunos fragmentos de la obra de que hablamos, transcribe la tesis susodicha, sin aprobarla ni desautorizarla. Su silencio es sugestivo, aun cuando podría indicar que se inclinó a admitir la idea. Pero en escritor tan cuidadoso y nimio, el que reservase su opinión expresa en punto tan interesante, nos hace creer que el insigne sabio, frente a la obscuridad y complicación del problema, vaciló como tantos otros, prefiriendo dejar su parecer suspenso.

Otro nahuatlato distinguido, el señor Galicia Chimalpopoca, sostiene que de *Metzli* se derivaría *Metzco*; quizás mejor *Metztilan*, sugerimos nosotros; pero nunca *México*.

La procedencia de *Metzli* no resulta, por lo tanto, concluyente, a pesar de la autoridad de Cristóbal del Castillo; pero se sostiene la aserción de que el nombre de la tribu procedió al de la comarca.

*
* *

Llegamos al dictamen de Sahagún. El esclarecido religioso asume posición especial, haciendo venir al vocablo de *mecitli*, compuesto de *mell* (maguey) y *citli* (liebre), nombre de un jefe que así se llamó (era frecuente entre los indios tomar nombre de animales), y el cual individuo, por haberse criado en una penca de maguey fué apellidado *Mecitli*.

Sosteniendo parecer un tanto análogo, el *Códice Vaticano A* pretende que la forma legítima de *México*, es *Mecilli*, denotando "gente vestida de pellejo de liebre," porque así andaban las siete tribus primitivas.

Aquí es oportuno recordar la *Pintura* de Sigüenza, en donde un jefe de nombre *Acacitli* aparece entre los fundadores de Tenochtitlan. La etimología, sin embargo, no es única: el señor Paso y Troncoso interpreta *Mecitli* por abuela del maguey, y es verdad que *citli* es voz equívoca; así lo establece Molina. Siendo, pues, *Mecitli* (denote lo que se quiera) el nombre del numen o jefe primitivo de la tribu, de aquí se derivan rectamente *Mécico* y *mecicatl*, voces corrompidas en *México* y *mexicatl*, afirma Sahagún.

A los ojos del ilustre franciscano, como vemos, la forma actual, la introducción del sonido x es simple efecto de una alteración o corrupción fonética. Uno de los modernos y más distinguidos nahuatlato, Robelo, ha abrazado este dictamen. Conviene con los resultados que antes anotamos, en hacer preceder el nombre de la familia al del lugar, y el del caudillo al de la tribu: el elemento etimológico es el que cambia.

José María Cabrera, escritor de mediados del siglo XIX, pretende que los indios nunca dicen *México*, sino *Mexco*; que ha habido un trastrueque de letras; y que la voz genuina fué *Meixco*, de *mell*, maguey, e *ixco* en la haz, en la superficie, significando vecindad del magueyal. Agrega que el maguey es el distintivo jeroglífico, por cuya causa se le ve pintado sobre la cabeza de varios personajes en los códices, entre otros el de la Peregrinación.

Júzguese de este parecer como se quiera, es un hecho que la cuenca o

valle de México confina por oriente con la verdadera región de los magueyes del pulque, los llanos de Ometusco y Apan. Si diremos que, en la *Tiya* del viaje de las tribus, es falso que algunos individuos lleven sobre la cabeza el símbolo del maguey. De ser así la discusión estaría zanjada; pero el señor Cabrera confundió agaves con tules, y esta figura tampoco aparece siempre en la cabeza, sino debajo y a los lados de los personajes: es el distintivo que señala las condiciones del sitio porque atravesaban. Por otra parte, la tesis entrañaría la prioridad del nombre del lugar respecto del de la familia.

Pero si el maguey no da el nombre íntegro, no cabe duda que, en tanta variedad, el elemento *mell*, arrojando el sonido *me*, se conserva con más persistencia que ningún otro. Hay un texto muy importante que corrobora este aserto: la "Leyenda de los Soles." Aun cuando escrita en 1558, adviértese en el acto la obra de un indio de raza pura y ya viejo, nacido indudablemente con anterioridad a la conquista y maduro a la llegada de los españoles. Quizás fuese un antiguo sacerdote: la mentalidad parece absolutamente indígena. No se encuentra la más ligera concesión a las nuevas costumbres, al modo de pensar y las innovaciones introducidas por el tiempo. Ni un solo reflejo de los cambios que el nuevo orden de cosas imponía, aparece en estas páginas; ideología y expresión son propias: pudo el documento haber sido dictado en la época de Huitzilíhuítl. Además, nótese que el autor era indio netamente mexicano, es decir *tenochca*, y cronista entusiasta de su tribu. He aquí un pasaje sugestivo: "Mezitli da de mamar a los mixcona; el mismo Tlatteucktli es Mezitli, y por eso nosotros, los *mexica*, nos debíamos llamar *mezitlin*...." ("ni man ye kin xixitli in Mezitli, yéhuatl in Tlatteucktli in Mezinli-auh yeica in axcan li Mexica, yese amo ti Mexica, ca ti Mezitlin.")

Vale la pena un riguroso análisis. El señor Paso y Troncoso, autor de la versión, interpreta el *Mezitli* que da de mamar a los *mixcona* por la *abuela del maguey*; bien puede creerse, pues el *octli* (pulque) alimenta. Ya con vino en ello Humboldt. *Abuela del maguey* no respondería aquí a un sentido directo, sino traslaticio, valiendo por *el germen o principio del maguey*. Los *mixcona* son los chichimecas, término honorífico según *Ixtlilxóchitl*, y no despectivo como los españoles lo entendieron: los mexicanos se cuentan en el número de las tribus que lo empleaban. *El mismo Tlatteucktli* (es decir, *Tlattecuhtli*) es *Mezitli*: ¿quién puede ser *Tlattecuhtli*? La etimología es obvia: el señor de la tierra, el dios de la tierra, o bien, *nuestro dios* (*tlal*, tierra; *te-cuhtli* señor.) *Y por eso nosotros, los mexica*, o sea los que ahora nos llamamos *mexica* ya habitando el rumbo, *nos habíamos de llamar Mezitlin* (deberíamos recobrar el nombre original, los de *Mezitli* o *Mezi*, es decir, el pueblo suyo, los del dios o jefe aquí reinante.) Y ¿quién es este personaje? *Mezitli*, la abuela del maguey, el que alimentó a nuestros antepasados, es decir, el *octli*, el producto de la planta. El maguey personificado resulta el nombre de la deidad: ¡no es absurdo tratándose de un pueblo errante y primitivo, que de la planta recibía incontables beneficios! Todavía los huicholes y los tarahumaras divinizan al *peyote*, otra cactácea.

Nótese que *mell* en su primera sílaba, siempre permanece; el segundo elemento de los vocablos es el variable, dudándose entre *xictli* (ombligo) y *cilli* (liebre o abuela.) La ortografía de la "Leyenda" valiéndose de la *z*, equivalente de la antigua *c* con cedilla y de la *c* actual, apoya el parecer de Sahagún y el del Sr. Troncoso. El fonetismo actual se inclina en favor del primer dictamen, y el buen sentido también, porque el ombligo del maguay es el receptáculo del pulque; pero la tesis que interpreta *abuela* por principio nutritivo del vegetal, también es lógica, que los indios daban a esa voz el sentido genérico de *principio de algo*; y aun la extraña lectura de *liebre del maguay* no resulta por fuerza desdeñable, porque en la escritura primitiva un símbolo muchas veces vale únicamente por su sonido, sin que se haga mérito del significado. Nosotros preferimos los demás, a este último supuesto. Por lo que mira al cambio del fonema *xi* o *ci* en *xi*, antes explicamos su posible proceso: como la tribu se alimentara del mastuerzo silvestre llamado *mexivín*, dióseles el apodo *mexixquilquani*. Se comprende que Mendieta pensara que de aquí proviene el nombre que después llevaron los indios, esto es, que del de la yerba derivóse el de los individuos, los *mexitin* (Historia; pág. 148); y Siméon lo toma en cuenta en su *Diccionario*. Pero si no vino de allí, sí transformó el vocablo su sonido a virtud de la analogía; y la historia del lenguaje presenta en todos los idiomas mil casos parecidos.

Establezcamos los hechos nuevamente precisados. 1º El elemento *me* (de metl) es constante. 2º El primitivo *xictli* es admisible; conforma con el fonema actual, excepto en cuanto al valor fuerte de la *c*; pero esta letra pudo eludirse por eufonía. Conviene también con el sentido de las tradiciones y no vulnera la lógica. El primitivo *cilli* (con *c* o con *z*) también es aceptable, y cae perfectamente dentro del buen sentido. Varias tradiciones se lo avienen. El paso del sonido *c* o *z* (o *c* con cedilla, equivalente a la *z* en el siglo XVI) al de la antigua *x*, se explica analógicamente.

El gentilicio *mecitin* o *mexitin* resulta, en todo caso, el verdadero primitivo; y por ocupar tales gentes la comarca, tomó ésta la designación actual. Primero el nombre del numen o caudillo, asociado fonética y acaso litúrgicamente al agave; después el del pueblo, y al fin el del lugar: he ahí la secuela del fenómeno histórico y sociológico, averiguada a la luz de la etimología.

*
* * *

Consideraremos una última tesis, a primera vista seductora. Asienta el "Códice Aubin" que la familia cambió de nombre en el curso de la peregrinación, al apartarse de las ocho tribus hermanas por mandato de su numen. Dice el texto (versión de don Bernardino de Jesús Quiroz): "Aquí cambió—Huitzilopochtli—el nombre a los aztecas diciéndoles: *Ahora ya no se llamarán aztecas sino mexicanos*, y los marcaron en las orejas para que recibieran tal nombre de mexicanos."

El señor Galicia Chimalpopoca traduce: "Desde hoy en adelante ya no os llamaréis aztecas sino mexicanos; allí les puso un parche de trementina y plumas en las orejas; y por esto recibieron el nombre de mexicanos."

Torquemada conoció esta pintura o recogió de alguna fuente la misma tradición, porque declara (lib. XX; cap. I): "... mudándoles el nombre, dioles un distintivo para marcarles muy particularmente: púsoles en rostro y orejas un emplasto de trementina, *ovill*, cubierto de plumas; entregoles un arco, flecha y rodela... y un *chillalli*, especie de cesto de red, . . ."

Como el acontecimiento de la separación de las tribus está expresado en un códice de la autenticidad de la *Tira* del Museo, la tradición del cambio del nombre por consecuencia de aquel hecho presenta considerable solidez; motivo por el cual distintos autores la admiten. Entre ellos, el señor García Cubas sugiere que la práctica de los sacrificios humanos, ordenada a los tenochca por su sanguinario jefe, fue la causa verdadera de la separación; lo cierto es que, en la *Tira*, el episodio del primer sacrificio aparece a raíz de que el pueblo se aparta.

Atenta la importancia del pasaje, vale la pena transcribir el texto náhuatl y los comentarios del sapientísimo don José Fernando Ramírez:

"*In axcan aocmo amoteca in Amazteca, ye an Mexica. Oncan oquin nacazpotonique inic oqui cuique ini loca in Mexica.* Desde hoy en adelante no os llamareis aztecas, sino mexicanos; los embizmo (es decir, poniéndoles plumas sobre la trementina, y se las puso hasta sobre las orejas, *oquin nacazpotonique*, porque este verbo se compone de *nacaztli* oreja, y de *polonia*, poner a otro bizma con pluma menuda sobre la trementina, o emplumar a otro, o también pegar la pluma con trementina sobre las orejas) por haber adoptado el nombre de Mexica. Metafóricamente: distinguir a uno con corona de plumas." (Nota en la traducción del ms. citada en el *Apéndice* a Durán.)

Como vemos, el hecho de marcarlos con plumas a modo de distintivo coincidió con el cambio de nombre. ¿Qué relación hay entre una otra y cosa? De aquí ha inferido el señor Chimalpopoca una peculiar teoría: que el término adoptado condensa los elementos de la expresión náhuatl con que se ordenó el distintivo, en la siguiente forma: el pegamento o cola de trementina, *exill*, da origen a *exicatl*, la persona que lleva el pegamento; con el semipronombre plural de segunda persona *an*, fórmase el compuesto *an exicatl*, *an exica*, que vale por *sois del pegamento* o *vosotros encolados* y metafóricamente *vosotros señalados*. Es decir, la aplicación de la bizma de plumas en derredor de la cabeza los ennoblecía, les daba distinción respecto del resto de las tribus. Entonces procede la transformación de *an exicatl* en *mexicatl*, según este intérprete: antepuesta a nombres iniciados con vocal, la partícula *an* muda la *n* en *m*, con lo que obtenemos *am-exica*: La *m* se incorpora al adjetivo verbal, y, pérdida por aféresis la *a*, resulta *mexicatl*, sustantivo plural gentilicio.

Tal es, sucintamente, la tesis. Aun pudieron citarse en su apoyo ciertas etimologías de los nombres de algunas tribus, que se han propuesto; así, por la línea de plumas finas rojas que se formaban de la boca al carrillo, pégán-

doslas con aguarrás o hule, afirma don José María Cabrera que tomaron su nombre los *teochichimecas*, traduciendo este término por *cordel divino y colorado*; y al mismo tenor vendría a *olmecas* de *olmecatl*, línea o cordón de hule.

Verosímil parece la idea. Empero, por un lado, no hay acuerdo en estas designaciones. M. Remí Siméon relaciona el vocablo chichimeca con *chichi* o teta, lo que sugiere el sentido de *madre de los meca*, madre de los pueblos de ese nombre; y Muñoz Camargo, con *chichi* (perros), por la costumbre de chupar la sangre de sus enemigos que tenía esa familia semisalvaje, como los perros la de beber la de otros animales muertos. Camargo es voto de calidad en el asunto porque pertenecía a la raza. Hay quien atribuya, sin embargo, al nombre *chichimecas* un carácter honorífico, sosteniendo que todos los pueblos se gloriaban de venir de ellos, y por último, algunos dicen *teochichimecas*, no *teochichimecas*, lo que altera la etimología de *cordel divino*. Lo general es tenerlos por tribus cazadoras y trashumantes, diríamos mejor, bárbaras.

El punto es complicado, como vemos, y en cualquiera hipótesis, el mismo señor Cabrera afirma que los aztecas no emplearon otro distintivo que bezotes de chalchihuitl, turquesa y oro, y el adorno azul de la nariz a que llamaban *xiuhcapitzalli*. Nosotros pensamos que también usaban plumas, y de modo especialísimo; mas esto no justifica la idea del señor Chimalpopoca por más que la reputamos ingeniosísima, pues resulta muy violenta la composición del vocablo que propone. No sólo exige omisión de letras, el cambio de la *n* en *m* y la incorporación de este elemento a *exicatl*; no sólo presupone una evolución semántica si no absurda, al menos complicadísima; sino lo que es más grave, convierte el nombre indígena del aguarrás, en *éxill*, siendo que necesariamente debe ser *óxill*, pues se trata de la resina del *ócoll*, conífera de nuestros climas. Don Fernando Ramírez, cuya autoridad es decisiva en este género de asuntos, desaprueba categóricamente la tesis.

*
* *
*

En resumen, *Mecitín* o *mexitín* viene de *Mexitll*, y dicha personificación primordialmente emanó del vegetal por excelencia de la altiplanicie: el maguey. Es la planta diseminada sobre inmensas extensiones en la gran Mesa, a la que ésta debe mucho de su típica fisonomía, desde el borde sudoriental, en los confines de la tierra caliente de Veracruz y las mixtecas, hasta los extensos llanos del interior, las campiñas jaliscienses y las planicies septentrionales de Zacatecas y Chihuahua. Planta de extraña y majestuosa hermosura, que explica por qué el vocablo griego origen de *agave*, denota *cosa noble*. Planta extraordinaria y en cierto sentido prodigiosa, uno solo de cuyos géneros incluye 33 especies útiles; planta que sin necesidad de gastos, cuidado ni atención alguna, tomando sus elementos nutritivos de la atmosfera y medrando en tierras aun las más estériles e ingratas, depara al hombre fibra para los diarios menesteres, techo para su cabaña, alimento

para los ganados, parenquima para fabricar papel, medicina en ciertos casos, otras varias aplicaciones, y un producto que en buenas condiciones posee cualidades alimenticias y es susceptible de aprovecharse con ventaja para el organismo. "Arbol de las maravillas," le llamó el jesuita Acosta, y López de Gómara trae una curiosa lista de los numerosísimos empleos del vegetal.

Bien se comprende que lo divinizaran, y que los caudillos supremos y los mismos dioses adoptaron su nombre; bien se explica el papel litúrgico que tuvo. Y así se entienden las variadas etimologías. Por ser ubre inagotable del providente líquido, una teta (chichitalli o *xixi*; con el antiguo valor de la *x*), formóse posiblemente el compuesto *mexixi*; en el cual la última sílaba se omite para originar los derivados, según regla del náhuatl. Por ser parte importante del alimento, se le dijo *abueta* (mécitli), dando a entender la madre común, la madre de todos. Por contenerse el rico jugo en el ombligo de la planta, el *xictli*, arranque del hermoso tallo floral o quioyte del maguey, cuyo aspecto y estatura presentan belleza y grandeza admirables, formóse *Mexictli*, nombre adoptado por un caudillo, guía de la tribu, y atribuído después al dios que tuvo en consecuencia doble nombre: Mexitli y Huitzilopochtli. Esa era la deidad singularísima de los orgullosos mexitín; de allí que raras veces aparezca su figura en los códices de las otras razas. No se equivocó, ciertamente, Chavero al designarla como dios-planta, al menos en alguna época de la vida de la tribu. Aun con el mismo astro nocturno tiene analogías el maguey, pues el *xictli* rebosando blanca espuma, guarda semejanza con el aspecto del satélite, idea no desatinada del Pbro. Arreola; es probable, además, que las frases de Metzli influyan en el rendimiento del líquido. Y por último, a causa de su admirable e incesante producción, larga de años, que equipara la planta a un manantial inagotable, surge sin esfuerzo la idea de la fuente o "nacimiento;" y ya se explica entonces una frase del mejor de los historiadores netamente mexicanos, el más experto y entendido sin duda, pues descendía en línea recta de los últimos reyes de Tenochtitlan; en una palabra, Tezozómoc. Dice así en la primera página de su preciosa "Crónica:" "Otros les llamaron *Astecas Mexitlin*, que este nombre de *Mexitlin* quiere decir Mexicano; como más claro de decir al lugar manantial de la uba, así Mexi, como si del maguey saliera manantial, y por eso son ellos ahora llamados Mexicanos....."

Tales palabras hasta ahora parecieron enigmáticas; al fin podemos penetrar su significativa inteligencia. México vale por el *manantial del vino* (octli), *el manantial del licor del maguey*; la ubre generosa que lo depara, es la planta. Así también decían al otro de sus dioses *Tlaloc*, de *octli* vino y *tlan*, tierra: la lluvia parecíales el vino de la tierra. Todo relacionábanlo con el vegetal por excelencia del suelo que habitaban; y bien mirado, ¿no ha sucedido así en otras partes? ¿no es un hecho natural y perfectamente filosófico?

Nadie desconocerá que la fisiografía del territorio justifica plenamente la etimología.

En conclusión, el nombre nacional se deriva de la planta nacional. El *mexi* es el emblema primordial: tronco de múltiples ramas; de allí arrancan

todas las derivaciones, algunas rectamente, otras por alteración folklórica: la raza (los *me-tl-ca*), el principio nutritivo común (*meciti*, abuela del vegetal), el jefe divinizado (*Mexitzin*), el dios del mismo nombre (*Mexiclli*, *Mexilli*), la tribu o familia (*mevitin*), el lugar del manantial (*México*), los habitantes de la comarca (*méxica*.) Tomando en consideración todos los valores traslaticios y directos, *México*, en suma, quiere decir *lugar o tierra del maguey*.

La misma abundancia derivativa impidió el empleo de un jeroglífico especial; pero en rigor, éste no puede ser otro que el aloe mexicano. Hay, sí, un códice, uno solo, que lo presenta en forma significativa, y la gloria de haberle descubierto pertenece a don Alfredo Chavero: el *Atlas* del P. Durán. Se trata de la copia adulterada de una pintura de los indios; pero la esencia de las figuras evidentemente es legítima. En ellas basáronse crónicas interesantísimas. Pues bien, en la primera stampa del *Atlas*, el maguey, con su tallo floral, ocupa significativa posesión: no designa a las familias, las cuales están señaladas por el *tenochlli*; no designa el punto de partida, expresado por medio de la cueva. Hállase en lugar central, aislado, prominentemente. Parece decir, y creemos que dice con irresistible elocuencia: esta es la historia de *México*.

V

Desembaracémonos, ahora, del vocablo *Culhua*, el cual, a lo que parece, también designaba a la comarca vecina de la urbe. Por los testimonios de Cortés y de Bernal Díaz nótese que los indios le daban un valor análogo o muy semejante al de *México*; Ixtlilxóchitl por su parte declara que el idioma de los mexicanos era *culhua*, lengua culhua, y sábese que el emperador mexicano usaba entre sus títulos el de *culhua tecuchtli*. Aquí no tenemos que andar en busca del jeroglífico, que es uno de los más notables de los códices: *Culhuacan*, punto de origen de varias peregrinaciones. El sitio ha sido localizado a perfección en el valle de México, a la falda sur-occidental del cerro de la Estrella o de Ixtapalapan, antes Huisachtitlan o Citlaltépec. Sus moradores eran los culhuas, familia derivada de los famosos toltecas, y verosímilmente una de las tribus más cultas y de más arraigo en el valle. Los mexicanos estuvieron sujetos a ella; pero se les permitían libertades, pues a fuer de civilizados, los *culhua* no eran intransigentes ni feroces.

Después de varias vicisitudes las familias se enlazan eligiendo aquélla por monarca a un guerrero de linaje tolteca, es decir, culhua. Como la tribu monarca en realidad no se fijó ni adoptó existencia organizada sino cuando estuvo bajo el dominio de los reyes de Culhuacan, opina un historiógrafo que hasta entonces no debe concedérseles lo que se entiende por nacionalidad. Unido esto al recuerdo de la superioridad tolteca, compréndese que la comarca fuera conocida con el nombre de los últimos representantes, los culhua, según oyéronlo Cortés y Bernal Díaz. Por supuesto que la fortuna

y arrestos militares del pueblo mexicano terminaron por sobreponerse, y se oscureció el vocablo primordial. Culhua y tolteca representan en la historia de México algo semejante a lo que los pelasgos en Grecia; antes lo dijo Humboldt.

Como la lengua era la misma, y teníanlos fundadamente por antecesores, se comprende que algunas crónicas traigan en serie la lista de los reyes toltecas y mexicanos, significando un mismo pueblo.

*
* *
*

Sólo nos falta el análisis de Aztlan, y lo haremos en seguida. La tesis que apuntamos al respecto no pretende más que un valor conjetural, pues no se nos oculta que va contra muchas tradiciones y la generalidad de los tratados. Hay, sin embargo, datos y consideraciones sugestivas que la abonan.

El hecho extraordinario, verdaderamente increíble pero rigurosamente cierto, es que dicho término no aparece en las pinturas ni en los primeros y más valiosos documentos. Lo traen, no cabe duda, algunos cronistas, y aun en tratados escritos por indios, se le encuentra, tan valiosos como el "Código Ramírez" y los libros de Ixtlilxóchitl; pero en cualquier caso son posteriores en más de medio siglo al momento de la conquista. Esto explicaría cualquier yerro.

En cambio es de notar que no lo cita Fr. Toribio de Benavente, arribado al país en 1524, y tampoco lo hemos encontrado en los "Anales de Cuauhtitlan." Lo que Motolinia establece, declarando saberlo de boca de un indio hábil, es que las razas aborígenes vinieron de las siete cuevas (Chicomóztoc); entiéndase a la letra o metafóricamente, como alusión astronómica, comienzo de cronología, mito o en otro sentido diverso, dicha tradición sí aparece original, y aun las mejores pinturas la representan. En otra parte dice el religioso: "No se sabe de cierto de dónde vinieron: dicese que de Teoculhuacan, pueblo que tenía otra lengua." De conformidad con varios códices pudiera este sitio no ser enteramente el primitivo. De todos modos, *Aztlan* no aparece en la referencia.

Sahagún, esa fuente suprema de las antigüedades de México, ese historiador que jamás cita autoridades, porque cuanto declara lo recogió de labios de los mismos indios, en la parte de su obra que trata "de todas las generaciones que han venido a esta tierra a poblar" (Lib. X, cap. XXIX, pág. 147; ed. Bustamante), expresa lo que sigue, harto significativo y sin embargo aún no analizado suficientemente: "Todas dichas familias se llaman chichimecas, y aun de tal nombre se jactan y glorían, y es porque anduvieron peregrinando como chichimecas por las tierras antes dichas. . . . estos mexicanos también se dicen "chichimecas;" empero propiamente se dicen "*atlacachichimecas* . . ."

Ni una alusión a Aztlan en el capítulo, ni en la obra entera tampoco. Añádase que el religioso supone a los mexicanos venidos de rumbo orien-

tal, hecho incompatible con la situación que por lo común se asigna a Aztlan; y no se olvide que la tesis conviene con la famosa arenga de Motecuzuma a don Hernando.

Adoptando el orden cronológico, el primer texto importante que podemos citar, ahora, es la interpretación del "Códice Mendocino," escrita hacia 1549. No trae el término, e invariablemente llama *mexicanos* (mécitis) al pueblo; el gentilicio *aztecas* tampoco se encuentra ni una vez. El caso es muy significativo, porque la obra fue trabajo directo de indios. López de Gómara publica su crónica en 1553. En el capítulo 66 dice que las tribus "salieron de Chicomuztoll" (ed. de Amberes, 1554). Ya en la reimpresión hecha por Bustamante, en 1827, léese en este pasaje "Aztlan Chicomoztoc;" mas la infidelidad de las publicaciones del detestable editor pasa en calidad de proverbio.

Los "Anales de Cuauhtitlan" datan de 1558-70. Antes se dijo que inútilmente hemos buscado allí *Aztlan* y *aztecas*. El "Códice Vaticano" es copia de alguna pictografía original hoy perdida; la fecha menos remota que pudiera asignársele nos parece el año 1562, siendo verosímil que la pintura primitiva se remonte mucho más. Ateniéndonos a las figuras, el punto de partida de los indios fue *Chicomóztoc*; por cierto que el jeroglífico respectivo es notable. No aparecen indicaciones de *Aztlan*.

Cervantes de Salazar escribe entre 1560 y 1567, y como habitaba México, sin duda se informó en varias cosas con los mismos naturales; en ninguna de sus páginas habla de *Aztlan*, y nunca dice *aztecas*.

Al fin, en 1576, encontramos por vez primera el famoso vocablo: hállasele en la interpretación del *Anaglifo* de Aubin, donde también léese el gentilicio *aztecas*; pero resulta extraño que la pictografía no presente jeroglífico en que pudiera hacerse tal lectura; el dato pertenece exclusivamente al autor del texto; y, concediendo que las pinturas sean obra de un indio más antiguo, como es verosímil, el testimonio escrito pierde no poco de su valor.

Cosa igual acontece con el *Allas* del P. Durán: trátase de la copia de una pintura legítima. Nadie se la atribuiría al mismo dominico; pero todos convienen en que la utilizó para base de su escrito. Sin duda son dibujos anteriores. Pues bien, iniciando el viaje de las tribus en Chicomóztoc, relatan jeroglíficamente diversos episodios hasta llegar a la fundación de la ciudad que hoy se llama México; pero en ninguna de sus figuras puede leerse nada parecido a Aztlan.

Exactamente sucede lo mismo con los dibujos del "Códice Ramírez." De manera que la responsabilidad de los famosos vocablos pertenece, en rigor, a los padres Durán y Tovar. El que no los tomaron de la escritura indígena precortesiana, los mismos *Allas* agregados a sus textos nos lo revelan, pues se trata de copias de originales legítimos. ¿Pudieron recibir las voces por tradición oral? Es muy posible; mas no lo sabemos. De cualquier modo, escribiendo Durán hacia la séptima década del siglo, se le debe casi seguramente la circulación, si no la acuñación de la palabra; y el P. Acosta se encargó de popularizarla en Europa.

El libro de Muñoz Camargo posee mucha importancia porque su autor perteneció a las familias nobles de Tlaxcala. Data de los fines de la centuria; pero el historiógrafo no conoció los escritos de Durán y de Tovar, y puede presumirse que, aun conociéndolos, no habría hecho de ellos mayor aprecio, supuesto que contaba con elementos originales. Es sugestivo que siempre que alude a ella, llame a la familia *mexicanos*. . . El locativo *Aztlán* no aparece en el texto, bien que éste hállese incompleto; pero en ninguna página hemos leído *aztecas*.

Parecerá curioso que suceda esto exactamente con Mendieta, quien trabajaba en su libro antes de 1596. Aun cuando los tenía cerca, el religioso no se inspiró ni en Durán ni en Tovar, cuyos escritos probablemente no conocía; acude directamente a las fuentes primitivas, en particular a Olmos y a Motolinía. Olmos, por su parte, también había bebido en Fr. Toribio. Pues bien, Mendieta usa el término *mexicanos*, y, sin aludir a *Aztlán*, hace venir a la familia expresamente de Chicómóztoc (*Hist. Ecles.*, pp. 145-46).

Y damos otro salto de veinte años, y llegamos a Antonio de Herrera, el célebre cronista. Escritor ya de segunda o tercera mano, y que ni siquiera estuvo en el país, presenta con todo una curiosa circunstancia: Herrera no tuvo noticia de las obras de Durán y de Tovar, inéditas entonces; pero siendo hombre entendido busca las fuentes antiguas y tiene la fortuna de que lleguen a sus manos algunos manuscritos y obras de Sahagún, Motolinía, Oviedo (que siguió a Cortés), Las Casas (no trata el punto); López de Gómara, Muñoz Camargo y otros. Ya se comprende que de acuerdo con tal información no podía citar a Aztlán, y no lo cita en efecto. Habla, sí, de México, de Mexitli y de los mexicanos.

Esto nos convence de que Durán y Tovar son los responsables de la propagación de los términos en estudio. No creemos que los inventaran, porque les concedemos perfecta buena fe; pero sí que los alteraron por haberlos recogido de tradición verbal sin analizarla suficientemente. La misma tradición llegó al anónimo autor del "Códice Icazbalceta"—o "Fuenleal"—, quien en verdad escribía antes, en la cuarta década del siglo; no dice *Aztlán*, sino *Azcla*, de lo que inferimos que el sonido legítimo fue desvirtuado varias veces, deliberada o espontáneamente. Ambos supuestos son admisibles, como veremos adelante. Para colmo de confusión, el códice de la colección Aubin—Goupil llamado "Historia Mexicana Número 1," anota el término *Ascatilla*, lo que haríalo derivarse de *azcatl*, hormiga; y en efecto, vese allí el jeroglífico de un hormiguero.

En resumen, compréndese que los autores que tuvieron en su mano transcripciones de Durán o de Tovar siguieran la corriente, como con los que no los conocían ocurre lo contrario. Así vemos que Acosta (1590), en este punto copia *ad pedem literae* a los frailes de México, y el gran prestigio del jesuita hizo que después el término se generalizara; Tezozómoc (1598) dice *Aztlán*, aunque muy por encima y advirtiendo que esas gentes antes se llamaban *aztlanllacas*, no *aztecas*, dato que tiene su valor como después veremos; cuanto a Gregorio García no hace sino repetir en esto a Acosta.

Por lo que mira a Ixtlilxóchitl, escribía en 1608, época en la que el término estaba generalizado; pero si es verdad que dice que los indios vinieron de Aztlan (pág. 448), por lo común les nombra *mexicanos*. Lo mismo ocurre con Cristóbal del Castillo (1599) y con Chimalpahin (1612-29), sin que esto sea restarles importancia a los tres escritores indios. Por último, teniendo en sus manos Torquemada el "Códice Ramírez," no es extraño que también escriba *Aztlan, aztecas*, en lo cual, como en casi todo lo concerniente a la historia antigua, la "Monarquía Indiana" es la fuente en que beben poco menos que exclusivamente, el P. Tello, Isidro Félix Espinosa, Vetancurt, Villasánchez, Arlegui, el docto Beaumont y la mayoría de los cronistas; pero recordemos que las licencias de la obra del célebre franciscano datan de 1613.

Ya en tiempos posteriores los historiadores siguen la corriente: Boturini y Veytia, y otros de menor prestigio; y más tarde, pues hombres de la autoridad de Clavijero también aceptaron el dato sin analizarlo, el término quedó consagrado, y lo repiten en el siglo XIX Humboldt, don Fernando Ramírez, Orozco y Berra y nuestros más grandes escritores. Esta es la historia de la introducción y propagación de la palabra; no presta fundamento para que la consideremos legítima.

*
*
*

La escuela de Durán y de Tovar triunfó en este punto sobre la de Fray Toribio, Sahagún, el "Códice Mendocino" y los "Anales de Cuauhtitlan," sin duda más respetable; aquélla sólo podría oponer a estos testimonios, en clase de información antigua, el "Códice Icazbalceta;" pero siendo este relato obra probable de un ibero, anónima además, y presentando en la palabra variantes ortográficas que no por fuerza han de atribuirse a un *lapsus calamo*, sino acaso a mala inteligencia de los elementos radicales, según demostraremos en seguida, la autoridad de la pieza en cuestión dista mucho en este punto de ser concluyente. Hay que examinar el caso a la luz del idioma, de la geografía y de la jeroglífica.

Desde luego, procede decir que los autores de vocabularios y de léxicos han tenido que detenerse ante la infranqueable barrera de la oscuridad que envuelve el asunto; careciendo de datos etimológicos y geográficos, renunciaban a localizar y a definir, y se concretan a generalidades impropias de una obra de ciencia. En su gran diccionario francés-náhuatl, M. Remí Simeón omite la etimología de *azteca*; sólo dice: "*Azteca*, sustantivo plural. Los aztecas partieron de Aztlan en el siglo XI para establecerse más tarde en el Anáhuac." ¿Y qué dice de Aztlan? He lo aquí: "Aztlan. Lugar ocupado primitivamente por los aztecas y cuya posición se ignora todavía. Clavijero la refiere al Norte de la California."

Estamos tan adelantados como al principio; pero se nota que aun la común etimología de *lugar de garza* le pareció discutible al filólogo. No le faltaba por cierto razón.

Don Antonio Peñafiel, en la "Nomenclatura Geográfica," se limita a lo siguiente: "Aztlan. Lugar de garzas, dice el "Código Ramírez." Conócese que Peñafiel no quiso hacerse responsable del aserto. Copia, también, el jeroglífico del "Código Aubin," advirtiendo que la figura mejor parece "el jeroglífico de Mexitli o Huitzilopochtli, jefe de las tribus nahoas o aztecas." No creemos aluda a eso; pero evidentemente que tampoco alude a Aztlan. En resumidas cuentas, el jeroglífico de este lugar no parece.

Y también Robelo se queda con las manos cruzadas. En el "Diccionario de Aztequismos" calla por lo que se refiere a *Aztlan*, y de *azteca* se limita a lo que sigue: "*Azteca*. Gentilicio derivado de Aztlan. Natural de Aztlan. Lo perteneciente a Aztlan."

El triple resultado es expresivo; pero no debe sorprendernos. Los lexicógrafos callaron porque en realidad no hay elementos de que pudieran haber echado mano; no puede definirse lo que no existió.

Examinemos el termino desde el punto de vista lingüístico. Algunos, Tovar a la cabeza, lo dan por *lugar de garzas* (áztatl); pero el derivado legítimo, bien que podría tratarse de un caso de síncope, sería entonces Aztátlan, y el náhuatl es muy riguroso en esto. Ya el señor Orozco y Berra conviene en que el gentilicio propio es *aztlaneca*, voz alguna vez empleada por Ixtlilxóchitl, y da a *azteca* como caso de excepción. Recuérdese ahora la voz consignada por Tezozómoc: *aztlanllaca*; y por su parte, un manuscrito que Chavero cita, suponiéndolo de origen nonoalca, dice *aztateca*. Pronto veremos que tampoco son legítimas; pero *aztecas* no es caso de excepción, sino término espurio del todo.

El P. Diego Durán lo interpreta como *gente de la blancura*, y a *Aztlan*, *lugar de la blancura* (de *iztac*, blanco); la etimología no es imposible, pero sí violenta o cuando menos extraña. De hecho, los mismos que la admiten (Büschmann, etc.), reconocen que la radical *aztli* ha desaparecido del idioma. Alonso de Molina no la trae, en efecto, en su magno lexicón. Cierto que la raíz *izt* presenta derivados también en *azt*, como *aztapiltitl* (muy blanco), y derivados normales como *iztapilticáyótl* (blancura), todos citados por el sabio franciscano; sin embargo, no es tan llano hacer de ella provenir a *Aztlan*. Molina tampoco consigna el término en ninguna de sus dos ediciones (1555 y 1571), por lo cual su autoridad debería sumarse a la de los escritores arriba mencionados, bien que, por tratarse de un filólogo y no de un cronista, algunos considerarán extraño el pretenderlo. Pero rastrear los misterios de la historia antigua a la luz de un simple vocablo, es menos absurdo de lo que se piensa: ¿una muela no bastó para reconstruir el cuerpo entero del monstruo de las edades antediluvianas?

Por otra parte, el sentido etimológico en el supuesto de Durán resulta poco comprensible. ¿Cómo pudo decirseles, a los mexicanos, gente de la blancura, siendo manifiestamente cobrizos? Decir que se vestían de ese color, ni consta en los cronistas ni nos parece convincente. ¿Y de cuál país de la blancura pudiera tratarse? Agreguemos, por último, que el propio fraile dominicano se muestra poco consistente en el asunto, porque en otra parte de su

obra (tomo I, pág. 8), dice, hablando de las cuevas que "están en Teoculhuacan que por otro nombre se llama Aztlan."

Buscar el origen en *áscatl* (hormiga), como parece presuponerlo la "Historia Mexicana número 1," de la colección Aubin-Goupil (hoy propiedad de Francia), cuando escribe *Ascatilla*, todavía parécenos más infundado; dicha voz tiene todas las trazas de ser un agregado espurio que manos indocitas añadieron a la pictografía, inducidas a error, acaso, por el jeroglífico de *Azcapotzalco* puesto a corta distancia.

*
* *

Geográficamente, la determinación del sitio ha sido uno de los logogri-fos de nuestra historia antigua; Orozco y Berra mismo le llamó *cuestión inex-tricable*. Los antiguos cronistas lo refieren vagamente al Norte, hacia "lo último de Xalisco" y la región de Sonora y de las Californias; Torquemada, seguido regularmente por González Dávila, Medina, Vetancurt, Tello, La-rrera, Beaumont y la generalidad de los escritores coloniales, participa de este dictamen; Acosta prefiere el Nuevo México; Clavijero señala la zona lí-mítrofe del Gila; Humboldt, una latitud más alta que el paralelo 42; el señor Orozco y Berra sitúalo en el lago de Chapala; y Chavero escoge la laguna de Mexcaltitlan, no muy lejos de la barra del río Lerma. Todavía otros con-funden a Aztlan con el Asia. Parece que el ilustre don Fernando Ramírez se inclinaba a localizarlo en el mismo valle de México, en una isla del antiguo lago de Chalco, opinión a corta diferencia adoptada por el eminente Seler; aunque lo cierto es que el sabio mexicano se negó a reconocer dicho lugar en los jeroglíficos que se le atribuyen: la *Pintura* de Sigüenza y la *Tira* del Museo.

Pero ninguno de estos rumbos y ninguno de estos parajes podría neces-ariamente identificarse con un "lugar de la blancura" o un "lugar de gar-zas," aun cuando admitimos que el invierno tiende su albo manto sobre todas las zonas septentrionales y que el lago de Chapala, la laguna de Mexcaltitlan, otros parajes y el mismo antiguo vaso de Chalco, pueden y pudieron muy bien ser asiento de garzas. Dichas circunstancias, empero, jamás se acentúan en forma que bastara a dar inconfundible fisonomía a la comarca: los sitios designados ni son especialmente blancos, ni morada por excelencia de garzas. Tampoco creemos que lo fueran hacia 1064.

El modo como se ha determinado el jeroglífico nos presta apoyo. Sien-do visible que los códices no lo traían y que aun forzando el valor fónico de las figuras es difícil leer *Aztlan*, Chavero vióse en la necesidad de recurrir a un documento absolutamente postcortesiano, el "Lienzo de Tlazcallan." Allí, en la parte norte de Jalisco, tratando de cosa tan extraña a los aborí-genes primitivos como las expediciones de Nuño de Guzmán, aparece el di-bujo de una garza; y, a falta de cosa mejor, el distinguido historiógrafo echa mano de este pobre recurso declarando que, al fin, tenemos el determinativo del lugar origen de la familia mexicana, tantas veces buscado. Los textos de

enseñanza y compendios históricos modernos adoptan la tesis; pero científicamente ésta se sostiene apenas, y el mismo Chavero sin duda lo entendió, porque pasa por su argumento como sobre lumbre.

En el "Diccionario de Mitología," siguiendo la práctica que más acostumbraba Robelo, impugna la teoría de don Alfredo, bien que nada substancial propone en cambio.

Hay otro jeroglífico que suele darse por el símbolo indígena de la patria de los pretendidos aztecas: la pintura inicial del "Códice Aubin." Es un cerro, que se alza en el medio de una isla rodeada completamente por el agua. A los lados de la eminencia distínguense varias casas, y en la cumbre un individuo que se encuentra de pie, sin determinativo que lo designe. Aludiendo a la pintura, el texto da los nombres de ocho tribus; son las mismas de la *Tira de la Peregrinación*. Ahora bien, al pie del cerro, alguien escribió con signos del alfabeto castellano la palabra *Aztlán*, y junto de cada casita *azteca*. Ello ha bastado para que, sin más estudio, muchos autores admitan la figura como el jeroglífico solicitado; y dondequiera se le reproduce con esa significación expresa.

No estamos conformes. Admitiendo que el indio autor de la pintura haya puesto también las palabras, recuérdese desde luego que el códice es obra del año 1576, muy posterior a la conquista. Y todavía cabe suponer que ellas sean un agregado más moderno, obra de mano espuria. Por último, la pintura misma, aun cuando importante, dista de ser perfecta; se nota que inspirándose en la *Tira* del Museo no la sigue con cuidado. Así, por ejemplo, en la figura que consideramos hay cuatro casitas diseminadas en la isla; mientras que en el códice precolombino se cuentan seis, y ya sabemos que nada es ocioso en las pictografías.

De seguro que el señor Orozco y Berra y el señor Chavero entendieron algo semejante, porque en sus investigaciones acerca del asunto no echan mano de este jeroglífico, y aun el segundo formalmente lo repudia como indicativo de *Aztlán*. Antes vimos lo que asienta Peñafiel, leyendo allí *Mexicli*. Nosotros preferiríamos con el comentarista del *Códice Vaticano*, ver allí el símbolo de la *tonantcac* ("nuestra madre," es decir, "nuestro origen") o bien la lectura *Anáhuac* (tierra grande rodeada de agua o como dicen otros, tierra cerca de agua), de *atl*, agua y *náhuac*, dentro o en derredor. En este supuesto, las casitas denotarían las familias nahuas o nahuatlacas, advirtiéndose que en la preciosa *Tira* del Museo son seis habitaciones y una pareja humana que expresa la séptima, es decir, el jeroglífico conviene perfectamente con la tradición de las siete tribus del Anáhuac.

En resumen, cabe afirmar que las pictografías no presentan elementos para leer el pretendido término geográfico. Ahora bien, la peculiar naturaleza de la escritura indígena, haría del todo ilógico que aceptáramos elucubrar acerca de un país o sitio que carece de jeroglífico. No son extrañas las dificultades con que tantos escritores tropezaron al pretender localizar el punto, porque es imposible hallar lo que no ha existido. Las consideraciones lingüísticas, los hechos geográficos y los datos de los documentos origi-

nales militan, pues, contra la autenticidad del vocablo *Aztlán*, lo que no impidió que, con su deribado *azteca*, se generalizara difundiéndose ampliamente, desde las últimas décadas del siglo XVI.

VI

Lo expuesto en párrafos precedentes significa que la palabra *Aztlán*, corrompida tal vez o alterada de todo propósito, tiene, sin embargo, algún fundamento; y si no lo buscásemos, nuestra argumentación sería un tanto deleznable. El prestigio de Acosta, grande como fue, no basta en el caso, porque el vocablo estuvo difundido quizás aun entre indios de la primera época. Sabemos que por cierto género de preocupaciones trataron en diversos particulares de engañar a sus nuevos señores (Sahagún mismo, que no quería creerlo, acabó por admitirlo), de lo cual pudiera ser ejemplo el asunto del origen de la deidad y nombre nacionales, que, ora por motivos religiosos o para que los españoles no destruyesen la planta del maguey, vimos que lo ocultaron cuanto les fue dable; pero también es cierto que el engaño, en lo que respecta a la tierra de su origen, posible sin duda, sólo pudo oscurecer el nombre verdadero, porque no cabría que en lo absoluto negasen toda historia. Ya aludimos a la arenga de Moctecuhzoma a don Hernando.

El esclarecimiento del punto sólo pueden dárnoslo los jeroglíficos. Alguna vez, y con indiscutible acierto, el gran Orozco y Berra dijo ser vana una investigación cualquiera de esta especie que no descansa en el análisis directo de las figuras: cuando precolombinas, las pinturas son los textos históricos irrecusables de los indígenas. Ellos no se engañaban a sí mismos.

Ninguna reúne los caracteres de la preciosísima *Tira del Museo*, también llamada "Códice Boturini" o "Viaje de los aztecas." Bullock, Kingsborough, Gondra, Schoolcraft y García Cubas la reproducen; don José Fernando Ramírez y otros arqueólogos la analizaron esmeradamente.

Sin pretender asemejárnosles en otra cosa que en el amor por este linaje de estudios, ensayemos a nuestro turno su lectura, en la parte que interesa al presente trabajo. El Códice tiene enteramente íntegro el principio, por fortuna. Tratándose de la peregrinación de la familia que con el tiempo llegó a instalarse en el cerro del Chapulín, la familia mexicana, parece indudable que, si en alguna parte puede hallarse expresamente designado el nombre de la zona en donde el viaje dió comienzo, es al principio de la *Tira*. Allí debemos buscar el lugar de origen del pueblo mexicano; aquél y no otro es el jeroglífico de la comarca, y en consecuencia, de la familia.

Veámoslo. La figura representa una isla claramente, de la cual salen las tribus a bordo de canoas. Seis casas y una pareja humana se encuentran en la isla. La mujer lleva el nombre de *Chimalma*. Como una figura de va-

rón aparece cerca de ella y Chimalma fue la madre de Quetzalcóatl, podría verse aquí la explicación de un pasaje de Motolinia, quien dice que los dioses engendraron seis hermanos y otro más, concebido por distinta mujer, Chimalma, el cual fue Quetzalcóatl. Claro es que se trata de las razas originales, a saber los hijos de Xelhua, los tenochcas o mexicanos, los ulmecas, los xicalancas, los mixtecas, los otomíes y los toltecas; el hijo de Chimalma representa a los últimos. En este supuesto, la figura de la isla alude en forma genérica al origen de los varios pobladores del país, sin designar concretamente un punto de partida; éste, sería mejor el Hueyculhuacan o Teoculhuacan, que viene inmediatamente después, lo que no va en desacuerdo con muchas crónicas; y sobre todo, nótase que aquí es donde principian los signos cronológicos, observación que se repite en el *Codex Mexicanus* y en la *Historia Mexicana* número 1, de la colección "Aubin-Goupil," lo cual es harto significativo.

Pero no insistiremos en ello, porque podría tratarse de una simple coincidencia. Busquemos si la familia en primer término aludida en el conjunto del documento (es decir, aquéllos que hacen el viaje) se encuentra en él designada de algún modo. Así nos lo parece. He aquí la hipótesis que proponemos: en el centro de la isla hay un templo y sobre él se ve el determinativo; ese es el jeroglífico especial de la familia. Nosotros lo hemos examinado con detenimiento en el mismo lienzo original. Generalmente los autores, Chavero es uno de los principales, reconocen en el signo la figura de una caña, haciendo en consecuencia la lectura *Aácall*. El nombre atribúyese al personaje a la sazón caudillo de la tribu.

La figura de caña es admisible, y aún muy probable, bien que no tan clara que no pueda verse otra; pero, de cualquier modo, por allí no salimos a *Aztlán*, y además la tesis entraña la objeción de que ninguna crónica registra ese vocablo, *Aácall*, como nombre del jefe conductor, dándonos en cambio el de Huitziton y otros diversos. Por otra parte, el jeroglífico no es de tal manera definido que sólo pueda verse en él forma de caña, supuesto que don Fernando Ramírez, el primero de nuestros arqueólogos en muchos respectos, no se resolvió a considerarlo de ese modo, y se limita a designar el objeto como símbolo de la deidad protectora de los mexicanos (*elucidación de la Tira del Museo*, en el *Atlas* de García Cubas, 1856). Nosotros advertimos visible semejanza entre la figura en estudio y las armas de Huitzilopochtli, según las representa, expresamente, el "Códice Vaticano A," y en forma verosímil la "Historia Mexicana número 1," de la colección Aubin-Goupil (véase el *Catálogo razonado* y el *Atlas* de la misma colección, dirigido por M. Boban); también es notorio su parecido con el *átlall*, arma arrojadiza que fue justamente invención y patrimonio de la tribu mexicana, valiéndole el triunfo sobre todos sus adversarios. No es insensato suponer que los *tenochca* juzgábanla dádiva del dios, y nótese la congruencia de estos hechos. Por otra parte, si se examina la figura de dicho instrumento militar en los códices "Mendocino" y "Osuna," donde se encuentra componiendo la voz *Allacuihuayan* (Tacubaya), no podrá menos de reconocerse

su resaltante parecido con el objeto que corona el templo de la *Tira*. Buena, hombre sagaz en la materia, emitió igual parecer.

Hay un códice pictográfico quizá más expresivo: la "Historia Mexicana número 1," de Aubin-Goupil. También salen las tribus de un lugar rodeado de agua (por cierto, en forma que sugiere vastísimo mar: (*huéyatl*); y también resalta un templo, el cual se encuentra coronado por el mismo jeroglífico, el misterioso símbolo de la *Tira*, que contiene la clave de todo esto. Pues bien, pocas fojas adelante, en el desarrollo de la pintura, Huizilopochtli empuña visiblemente idéntico objeto. ¿Es la caña? ¿Es el arma? Desde luego lo segundo parece lógico, por tratarse del Marte mexicano; sólo diremos que el inteligente autor del texto anexo al *Atlas*, el ilustrado americanista M. Eugenio Boban, quien de seguro no tenía ideas preconcebidas ni estaba preocupado por el problema que estudiamos, describiendo lo que veía directamente en los originales, afirma que el objeto empuñado por el dios es un dardo.

Agreguemos que, en la *Tira* lo propio que en la pintura del legado Aubin-Goupil, junto al objeto del templo se distingue el signo del agua, *atl*, es decir, conforme a nuestra tesis debe leerse *atlátlatl*.

Ahora bien, si este doble signo es el determinativo de lugar, como cabe inferirlo de su prominente posición en el conjunto, es obvio que la verdadera designación del sitio es *Allátlan*; y las reglas del idioma autorizan la formación de tal vocablo. El pretendido *Aztlán* es, pues, *Allátlan*: de ahí que, con yerro ligerísimo, Tezozómoc llamara a sus individuos *aztlanllacas*; de allí que no haya podido justificarse la etimología; de allí que resulte empresa inextricable la localización del punto. Para mayor abundamiento existe la circunstancia sugestiva de que Molina, el ilustre filólogo, traduce expresamente por *marinero* la voz nahua *Allácatl*.

Poco adelante, en la misma *Tira*, el jeroglífico se repite dos veces, determinando ahora el nombre de un individuo, caudillo de la tribu, iniciador por cierto de los sacrificios humanos que fueron distintivo de este pueblo, lo que nos permite referirle propiamente el nombre *atlácatl* o *atlteca*, de acuerdo con preceptos rigurosos en náhuatl. De *Allátlan* a *Aztlán* y de *atlteca* a *azteca*, la distancia no es grande. Ora para oscurecer el origen legítimo, sea por corrupción fonética, y esto nos parece verosímil, fue fácil salvarla. Siendo el término primitivo un tanto escabroso en su prosodia para laringes españolas, se comprende que los que convirtieron *Tenochtitlan* en *Temixtítlan* puedan haber vuelto el *Allátlan* indígena en el *Azcla* del códice "Icazbalceta," y en el *Azcatitla* de la "Historia Mexicana número 1." Pero los más dirían *Aztlán* (y haciendo aguda la palabra), por la dificultad de repetir el peculiar fonema *tl*, que no existe en el idioma castellano y acaso en ninguno de los indogermánicos. Y recuérdese que tanto Durán como Tovar ya se educaron con la nueva habla, por más que no desconocieran la de sus antepasados. Sólo el códice original, la *Tira* del Museo, no puede mentir; allí no caben alteraciones ni mistificaciones.

Aquí es oportuno traer a cuento a Sahagún, cuando dice que el verda-

dero nombre de los mexicanos fue "atlachichimccas." ¿No sería "atateca-chichimecas?" Admitiendo un ligero descuido —la omisión de una sílaba—, no del historiógrafo, sino de la copia de su manuscrito usada para la edición (y ya se sabe que los originales de Sahagún necesitan confrontarse, como el señor Paso y Troncoso se propuso hacerlo); o bien explicándose el hecho por elisión de la sílaba, nuestra tesis resulta triunfante. Los mexicanos, pues, eran *atlatecas*.

*
*
*

Hemos sostenido que *Tenochtitlan* fue el nombre indígena de la actual ciudad de *México*; que este término designaba una comarca entera; que el áloe del país es el jeroglífico primitivo y genuino del nombre nacional; y que *Aztlán* no fue la antigua patria de los mexicanos. Decirlo es cosa de tres renglones; pero no nos fue dable comprobarlo en menos de treinta páginas. Discúlpenos considerando que fuimos contra cerca de cuatro siglos de historia consagrada.

ENRIQUE JUAN PALACIOS.

